Moctecutzoma ante el Cometa

La inmensa lágrima

Aquella noche Moctecuhzoma, después de haber presenciado la danza de las ocho doncellas que del reino de Michuacán le trajeran cual digna ofrenda, los embajadores, habiendo fumado el magnífico tabaco de las costas de los mares del Sur, mezclado sabiamente con el divino ámbar que diestros obreros de aquellas remotas regiones pulverizaban para darle aroma deliciosísimo y embriagadora magia de ensueño,—tabaco y ámbar en regiamente barnizada pipa de arcilla cholulteca,—después de la orgía que terminaba siempre el nocturno banquete, el emperador ébrio, ahito y somnolente, se tendió sobre los plumajes maravillosos,—de áureos flecos y campanillas de esmeraldas rodeados por ópalos de tonos blancos y azules, —plumajes expléndidos y raros que cubrían el algodón muelle y lánguido de las finas esteras.

Y cerca de él estaban las cuatro favoritas del imperial Tecuhtli que había abolido en los últimos días los derechos de nobles y plebeyos, de tributarios fieles, jueces se-

veros, dignatarios probos, ancianos de los tribunales que, como el augusto Tlatocan, eran fuentes de buena administración de justicia y modelo y origen de orden, y aún los más dignos yoayisque y caballeros-águilas nobilísimos...

Cabe el suntuoso lecho del tirano, lecho-trono que significaba un mundo de riquezas, de trabajos, abnegación, lágrimas, esclavitud y sangre... existencias de tribus enteras sacrificadas, altas y rojas hecatombes porque aquel lecho del soberbio Moctecuhzoma era un valle siniestramente rico; lágrimas, perlas y agonías de pueblos, tenía la rara cualidad de que del fondo de sus blancos algodones surgían perfumes sútiles y blandas caricias enervantes, tibias y votuptuosísimas... cabe del magnífico lecho las cuatro favoritas, en sacro silencio velaban el augusto sueño.

*
* *

Allá en las cámaras adyacentes bullían las multitudes de cortesanos servidores, de poderosos nobles, de ricos tecuhtlis tributarios venidos de sus lejanos cacicazgos, de ancianos pochtecas enriquecidos después de un ciclo de aventureras expediciones al frente de caravana de comerciantes audaces é ingeniosos, por las comarcas de regiones antes desconocidas, de yaoyisques viejos y doctos tácticos veteranos en miles de victoriosas campañas y venerables negros sacerdotes de los más imponentes teocallis,—excepto los del templo de Huitzilocpochtli—y también respetuosamente colocados en el lugar que la severa tiránica etiqueta del imperial Tecpan exigía...

La gran Tenochtitlán, en pleno explendor de la gloria que sus antiguos reyes habían conquistado con el ingenio, el valor, la tenacidad, el patriotismo y las virtudes domésticas de un pueblo descendiente legítimo, único y fuerte de las bravías tribus que fueron peregrinando siglos y siglos en pos del águila triunfal de su destino... la gran Tenochtitlán soberbiamente aletargada sobre la isla yacente

en los grandes lagos azules, custodiada por los enormes y eternos enamorados,—de níveas cabelleras deslumbrantes, —los volcanes, dormía también.

Ella, la poderosa vencedora, la del pueblo teenhti, la fanática idólatra del formidable Huitzilopuchtli, repleta de sangre humana, hastiada de victorias, duerme el mismo sueño de insana embriaguez que derriba á su altanero señor, á su abominable déspota hipócrita, cruel y cobarde, el mismo sueño intranquilo y abyecto de las noches del crimen...

Dormían la imperial Metrópoli de los mexica,—corrompida y brutal,—y su amo el emperador, adusto y feroz... la esclava inmensa sobre las infinitas láminas de las ondas obscuras que chispeaban estrellas, copiando el explendor del cielo y el teeuhtli ébrio sobre los plumajes finísimos salpicados de esmeraldas y ópalos, perlas y primorosos caracolillos de oro...

***

Pero el valle anegado en las sombras nocturnas, circundado por las enhiestas y culebreantes serranías que aprietan su colosal diadema de granito sobre el hermoso Anahuac, el valle no parecía dormir el mismo sueño de felicidad y plenitud orgiástica de la Gran Señora Tenochtitlan. Sus caseríos,—parvadas de chozas en torno del adusto teocalli, oliente á sangre humana, tibia aún,—parecían estremecerse dolorosamente, palpitar con sacudimientos de interna misteriosa angustia y de sus centros, como de sus corazones subían al cielo estrellado y negro, vagos gemidos y ligerísimos vapores blancos...

Ascendían los rumores prolongando los ecos de las montañas de la Sierra sus acentos quejumbrosos, reuniéndolos arriba, concentrándolos en algo como una queja enorme que á veces era himno elegiaco demandando misericordia, á veces imprecación tremenda apostrofando á las tinieblas que caían sobre Tenochtitlan... Y al par que aquellos rumores subían, también iban rumbo á las fulgurancias estelares, esas neblinas blancas que se unían condensando nubes... extrañas nublazones resplandecientes... nubes que desparramaban blancuras fulgurantes. . . . . .

. . . . . .

***

Condensaciones de infortunio; lágrimas de viudas y alaridos de niños huérfanos, horrendas imprecaciones de los esclavos, anatemas terribles de ancianos, gemidos de madres solas, pobres y sin esperanza de las represalías á la vuelta del hijo arrebatado, lamentos de jóvenes heróicos ofendidos, mirando á sus amadas en el Palacio de las Mujeres de Moctecuhzoma, de ancianos sacerdotes que antes custodiaron los templos de los dioses gratos y propicios al pueblo esclavizado, eran los rumores que de los caseríos y ciudades del Valle... de todo el Anahuac ascendían, componiendo aquel himno gigantesco y melancólico que en aquella noche estremecía los viejos ahuehuetes de los bosques y los pinos altísimos de las montañas y que sobre el dorso invisible y veloz de las ráfagas nocturnas, volaba hacia el Tecpan del Emperador!...

***

Angustias, insomnios, lobregueces, elegías, meditaciones, plegarias, juramentos de venganza, epopeyas de las almas oprimidas ideando el próximo levantamiento en la hora de las rebeldías sagradas, inquietudes, cóleras, ansias y delirios evaporábanse en la siniestra noche y en las tinieblas esfumaban blancuras y vagas, tenues, ligerísimas neblinas... y allá, hacia el cielo estrellado despedían luces... como dispersos trozos de santos rotos en una súbita y satánica batalla del Apocalipsis.

***

Así fué como en aquella noche dormía plácidamente la feroz Majestad, verdugo de su propio imperio, en tanto que los pueblos de aquel imperio palpitaban en sangriento insomnio, sacudidos por los recuerdos de las bárbaras matanzas y de los últimos ultrajes, ausentes las vírgenes

de los hogares, muertos los mancebos cuyos corazones habrían devorado los señores mexica.

. . . . . .

*
* *

La noche iba siendo más y más negra; más y más voluptuoso y profundo el sueño del rey... Las cuatro favoritas velaban, agitando sobre la imperial cabeza el largo plumero que, cual enorme y lento colibrí batía sus púrpuras y oros, entre el humo perfumado de la sala; los servidores,—todos grandes nobles, guerreros y gente muy principal y rica,—velaban en sacro silencio, y más allá, arrullado al eco de las brisas de la noche la soberbia Tenochtitlán, inmóvil, parecía muerta, ya abatida por el sueño, agobiada bajo el peso triunfal de sus últimas conquistas...

Y al fin... en las riberas de los lagos cobijados por las grandes sombras los pueblos de los pequeños señoríos y reinos Texcoco, Chalco, Tlacopan, Atzcapotzalco, Xochimilco, otros que el verdor de sus jardines hermosea y la gracia de sus mujeres enaltece,—por fin, hartos de exhalar á lo alto inflexible la esencia de sus largos sufrimientos, duermen ya con soberano alivio... ¡Acaso un hálito de fé venido de la región de la luz, pasa por los vergeles ensangrentados, consolando las multitudes que agonizan!...

*
* *

Mas hé aquí que de súbito, negra pesadilla acompañada con extraño fragor rauco, entenebrece y altera el felíz sueño del prócer azteca... Se incorpora Moctecuhzoma, lívido y tremendo, agitando sus brazos cuyas pedrerías relampaguean á la luz rojiza de los braserillos de plata... retroceden espantadas las doncellas que velaban y sus largos plumeros caen sobre los estricos... pero el rey clama sordamente llamando al gran adivino de su palacio que debe vigilar los astros en la terraza... Y, seguido de la azorada multitud de sus nobles servidores cortesanos fué á dar á lo alto.

Las ráfagas frías de la noche acariciaron su frente y agitaron los pliegues de su mano...

*
* *

Mexthixcuihtlix he tenido un sueño horrible... quiero ver si es verdad que he de presenciar la aparición del signo formidable, antorcha de fuego, macana destructora que dominará mi imperio, al mismo tiempo que hará nacer otros dioses... y que del fuego de los incendios hará brotar la nueva era de otros dioses... Soñé que era una larga sierpe de luz y fuego... Pero... yo no la veo ¡mentira!... ¿Sería que en jícaras más anchas bebí hoy el neutli perfumado?... No... ¡Mírala! ¡Allá está la serpiente de luz!

Y Moctecuhzoma, aterrado, contempló en el confín de los cielos tenebrosos, rodeados por emjambres de estrellas, un gran cometa, de brillante foco, rodeado de vaporosas fulgurancias y arrastrando con infinita majestad sobre el terciopelo obscuro de la inmensa bóveda, larga, ancha y flamíjera cauda que emanaba luz blanquísima. Instantes después, los cortesanos retiraron á Moctecuhzoma desmayado por el pavor que le produjera aquella rara enormidad de luz en plena noche!

*
* *

—¿Cómo snrgió?... Escucha, Señor grande y divino,—dijo al día siguiente el sabio Mextlixcuihtlix, el Tecuhtli del imperio de los mexica,—velaba yo como todas las noches en lo alto de tu gran Tecpan... la noche en el valle era profunda en tinieblas y silencio... me pareció que allá habia tristeza. Luego escuché rumores, eran como gemir de infelices, como sollozos de mujeres... y al mismo tiempo subían nubecillas blancas como las nieblas que brotan en las mañanas del fondo de tus lagos... Después las nubes se aglomeran, relampaguean y truenan... y de pronto brotó el rayo... el rayo inmóvil que tú viste y que es símbolo de que pronto, por medio de un rayo así,—fuego y luz,—todo tu imperio acabará... ¡Ese astro es una lágrima convertida en luz que enseña, y fuego que destruye!... Ahora, ¡oh, gran Señor, mira y espera!

El sueño del cazador guerrero.

Guerrero-Relámpago

I

La orgullosa ciudad de los aztecas, audazmente asentada—y sin embargo casi flotante—sobre los lagos que resplandecen con la caricia azul del cielo, vibra estremecida la canción de los triunfadores...

Tornan sus ejércitos al mando de ilustres jóvenes de heróico renombre y de sabios ancianos de memoria triunfal, arrastrando enormes serpientes de muchedumbres vencidas, cadenas largas de los infelices que restan de los pueblos arrasados, multitudes prisioneras que miran con pavor los tecpans y los teocallis de Tenochtitlán.

De las regiones mixtecas y aún del ancho Valle zapoteca, donde han dejado la huella de su fuerza dominadora, vuelven los ejércitos desbordándose en las alegres calzadas

y fuentes que comunican la ciudad con las llanuras, bosques, huertos, sementeras y jardines del Valle...

Suenan los caracoles triunfantes, retumban los teponaxtles de sonoros redobles y surge en el ambiente el himno semibárbaro del huhuetl de combate, precipitando fantásticamente su compás guerrero en el soberano arrebato de la algazara que festeja el éxito de la expedición... Y oíase en vertiginoso concierto, produciendo infinita sinfonía colosal, el formidable griterío del populacho aclamando la gloria de los vencedores.

II

Tililtzin, sobrino del tecuhtli Moctecuhzoma Ilhuicamina fué el que decidió la victoria, el único que pudo con audacia, astucia y perseverancia tomar la altísima fortaleza que en el intrincado desfiladero, allá en la garganta de Mixtecas, se alzaba inexpugnable y tremenda.

El joven guerrero se había distinguido desde su infancia por la suprema devoción que había tenido para Huitzilopotchtli y en el Calnecac era el más adicto á los sacrificios... Su cuerpo estaba salpicado profusamente de cicatrices. Miles de largas y agudas púas de maguey hacían sangrar eternamente sus miembros, y semanas enteras pasaba él en lo más agrio de desiertos, desnudo, ayunando, errante á través de las espesuras de los más ingratos malezales, en busca de fieras para combatirlas y observar sus costumbres, expiando su existencia batalladora y bravía...

Ascendía á los más altos picachos de las cumbres para admirar las águilas, y armado de audacia, flechas y cuchillo de obsidiana para provocarlas y trabar con ellas lides feroces que terminaban cuando era noblemente vencido y se retiraba, rodando por entre las rocas y los espinos á las cavernas donde era invencible.

Bajaba á los valles ó á la falda de los montes, atrave-

sando las selvas espesísimas para seguir á las culebras, descubrir en las márgenes de los ríos á los lagartos y enfrentarse con los leopardos...

Frugales almuerzos, agua de los manantiales, una piel tosca de tigre, reforzada en el pecho con fuerte coraza de lagarto, y eterno batallar por los desiertos, sin olvidar los sacrificios personales; durmiendo poco, esquivando al hombre, huyendo á galope de las mujeres. Así fué durante un año la vida de Tililtzin.

III

Aquel día, cuando llegó en soberbias andas, aclamado por el pueblo, conducido por nobles jóvenes, al són de las marciales músicas bárbaras de sus ejércitos, Tililtzin iba, después de salir del Gran Teocalli, á recibir, para enriquecer su Tecpan de verdadero Tecuhtli en sus dominios cercanos á Ixtacaico, como dón magnífico de su tío Moctecuhzoma, una gentilísima doncella de origen real, pues era hija del Señor de Tlacopan, Flor de los ensueños.

¡Cuántos bravos voavisques generales de los ejércitos de los reinos aliados del Anáhuac, que tantos méritos tenían envidiaron el presente regio, y también cuántas princesas, hijas de viejos, riquísimos consejeros y mercaderes suspiraron por la felicidad de aquella virgen que el rey de Tlacopan cedía al sobrino de Moctecuhzoma!

IV

Refieren los narradores de esta verídica historia, que cuando en el salón imperial se hallaba toda la nobleza, milicia y clero de México, Texcoco y Tlacopan, ante el trono de los tres monarcas presenciando la ceremonia de la entrega de la niña princesa, todos los jóvenes que descalzos y en humilde actitud,—cual lo ordenaba la terrible etiqueta del Tecpan mexica,—habían recibido permiso de

levantar sus miradas, lanzaron un grito incontenible, unánime... ¡Qué prodigios!... ¡Jamás ninguno de los más aristocráticos ancianos habia visto delicia y belleza semejante á la que todos presenciaban!

...Vieron una niña delgada de rostro oval, dorado, sonrisa tierna y breve, ojos grandes, de redondas y graves pupilas negras.

Un maravillosísimo huipilli de algodón blanco bajaba de sus hombros... plumazones de colibríes fabulosos, de hilillos de seda matizaban los bordados multicolores de las opulentas cenefas... Cintas rojas y azules en sus cabellos, triples gargantillas de perlas, corales, nácares y dijes de oro y plata en el cuello y en las argollas de los brazos...

En un instante, hondo silencio rebozó en la gran sala imperial...

Iba á hablar el gran sirviente íntimo de Moctezuma para otorgar el supremo don al vencedor; mas de súbito el rey, emocionado, exclamó:

—¡No es esa mujer la que te otorgo, Tililtzin; esa pertenecerá á mi serrallo, si no hay quien pueda merecerla!... Has consumado proezas grandiosas... pero su hermosura es demasiado grande... Los dioses se consultarán... Espera, mientras tanto... escoge entre las hijas de todos los tecuhtlis ó ancianos, nobles y ricos...

Ella, que había bajado los párpados de sus divinos ojos negros, los alzó para mirar intensa y largamente al bravo Tililtzin, quien de súbito sintió tal latigazo de cólera, que iba á lanzarse para protestar; pero comprendiendo toda una promesa de amores en la mirada de la doncella, se calmó, contemplándola á su vez largamente.

El silencio invadía de nuevo el salón, la atmósfera se había enardecido aún más... ¡Tantos corazones de doncellas latían ardientemente, anhelando ser las preferidas por el augusto y marcial príncipe!

V

Esperaré ¡oh! gran Tecuhtli; ¡oh, mi muy amado señor! que hablen los dioses... Tonatiuh, el terrible ave saltadora de las selvas, padre de todo lo que vive y lucha, y Huitzilopochtli, que dirige á los combatientes en las batallas y se regocija con la sangre de los vencidos, me han visto vencer siempre... les ofrezco mi sangre si no logro conseguir el triunfo que me dé á la preciosa hija del Tecuhtli de Tlacopan, siempre que tenga que combatir con hombres como yo, siquiera... ó con las aves que aman al sol ó los bravíos habitantes de los bosques que adoran las noches bebiendo en sus anchas pupilas la nieve transparente de la luna. ¡Oh! gran Tecuhtli... moriré si no obtengo á quien amo y á quien me ofreces!... Y á ninguna más acepto.

El rey de México no contestó, el de Texcoco sonreía recreándose en las bellezas que se extendían bajo las policromas techumbres de la sala, y el de Tlacopan, inferior á los dos, temblaba de júbilo, comprendiendo que su muy amada hija estaría destinada á un príncipe aún más noble, rico y poderoso.

VI

Moctecuhzoma era tan valiente caudillo como sabio político, insigne traidor, prudente gobernante, digno justiciero, duro tirano, impetuoso gozador de los placeres, grande, soberbio y falso... casi como un antiguo rey europeo...

Hacía tres años que no veía á la princesa hija de su aliado el tecuhtli de Tlacopan... Vagamente sabía que era una hermosa criatura, pero al verla tan bella y gallarda con su maravilloso huipilli blanco de opulentos dibujos, expléndidamente bordados con aureas plumas de colibríes

finísimos... y vió como resplandecían las perlas, caracoles y corales de sus gargantillas expléndidas... y admiró la curva airosa del talle, la breve sonrisa triste y coqueta... y los ojazos negros bajo el casco ébano surcado de rojo y azul de su cabellera... ¡oh! entonces el triunfal emperador Ilhuicamina se decidió á no otorgar á tan hermosa virgen sino á un precio... imposible.

Consultó con el sacerdote del Gran Teocalli. Le dijo el imponente y negro prócer, tendiendo al rey lenta é hieráticamente los brazos:

—Díle ¡oh! hermano grande, señor augusto, digno hijo de los altos dioses, que debe revestir las puertas del Teocalli de Huitzilopochtli con cabezas de tigres y águilas que él ha de vencer... y traernos también... cuando quiera, un zenzontle blanco, muy blanco, como la nieve del Ixtaccihuatl. Entonces le entregarás á la princesa...

VII

Veinte magníficos y robustos chichimecas, otomies, mixtecas y zapotecas, todos cazadores, teniendo al frente á Tilitlzin, bien armados lanzáronse á estupendas cacerías en montes y llanuras á Sur y Norte... Tigres vivos y águilas moribundas caían á las flechas ó cuchillos de la tropa guerrera y cazadora dirigida por el príncipe mexica... Mas éste solo se lanzaba contra los zenzontles en las tibias noches de luna.

Multitud de infelices avecillas caían entre los robustos dedos del guerrero, quien parecía tener alas para seguirlas precipitándose como un relámpago sobre ellas, ascendiendo por los troncos de los árboles...

Todos los días enviaba á Tenochtilán águilas y tigres, ¡pero faltaba el zenzontle blanco!

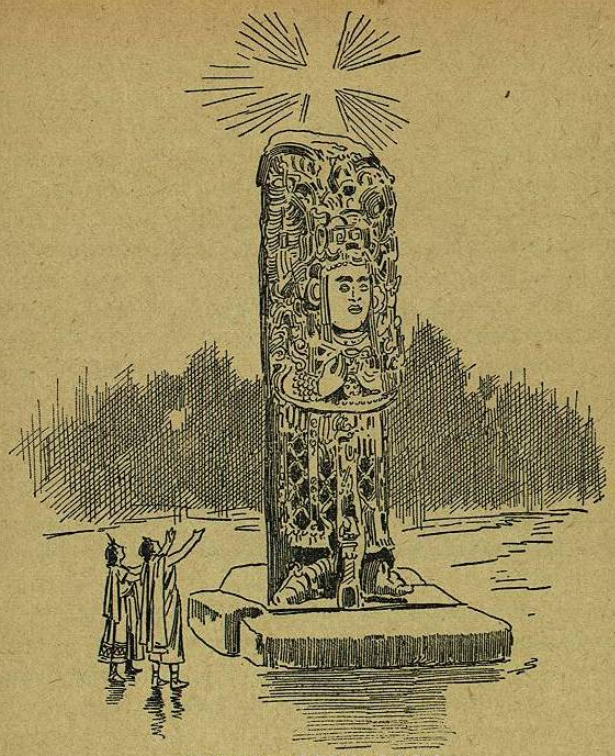
VIII

Como terrible obsesión soñaba en el zenzontle blanco... sabía que le había de encontrar un día. Así lo había dicho el sacerdote...

En las noches, caía fatigado sobre las hojarascas de las selvas; ensueños de felicidad, el idilio de su ambición y su amor se le presentaban, acariciándole brevemente... Se veía atravesando, como en otro tiempo, por entre las muchedumbres que le aclamaban... porque llevaba el zenzotle blanco... Después, á una y otra puerta del tecpan, revestidas con los tigres y águilas cazadas, cortejos de tecuhtlis que le miraban sujetar poderosamente á las fieras, en tanto que entonaba un himno melancólico y triunfal el zenzontle blanco... Luego, ¡Flor de los ensueños! se le acercaba...

IX

En los geroglíficos que simbolizan los episodios del reinado de Moctecuchzoma, aparecían ininteligibles los que representaban al «Guerrero Relámpago,» anciano y loco de ambición y amor, regresando con el *zenzontle* blanco ante el nuevo rey, que le desconoce... y hace sacrificar al que había sido el caudillo de los ejércitos de Moctecuhzoma, el déspota que así arrebató al egregio príncipe su amor.



El sepulcro del hijo del Sol

La gran conquista

Era la época en que la alianza de los reinos de Texcoco, México y Tlacopan había realizado el más grande poderío de la raza «nahuatl».

El inmenso Valle de México, cruzado por hermosas calzadas y canales amplios, surcados por ligeras chalupas ó grandes canoas que cargaban las mercancías de los pochtecas,—vías de comunicación que en prodigiosa red